

PHILIP
YANCEY

LA DESAPARICIÓN DE LA
GRACIA

¿QUÉ SUCEDIÓ CON
LAS BUENAS NUEVAS?

 ZONDERVAN®

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
---------------------------	---

Primera parte: UN MUNDO SEDIENTO

1. Una gran separación	13
2. La gracia en peligro	32
3. Sed del alma	53
4. La recuperación de las buenas nuevas	77

Segunda parte: DISPENSADORES DE LA GRACIA

5. Los peregrinos	105
6. Los activistas	128
7. Los artistas	153

Tercera parte: ¿ES EN REALIDAD UNA BUENA NOTICIA?

8. ¿Importa la fe?	179
9. ¿Existe alguien más? La pregunta sobre Dios.	205
10. ¿Por qué estamos aquí? La pregunta sobre el ser humano	231
11. ¿Cómo debemos vivir? La pregunta social.	255

Cuarta parte: FE Y CULTURA

12. Socios incompatibles: los cristianos y la política	281
13. Una santa subversión	303
<i>Fuentes</i>	325
<i>Reconocimientos</i>	351

Asegúrense de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios...

HEBREOS 12.15

PRIMERA PARTE

UN MUNDO SEDIENTO

En la novela La segunda venida, uno de los personajes de Walker Percy declara acerca de los cristianos: «No puedo estar seguro de que no tengan la verdad. No obstante, si tienen la verdad, ¿por qué sucede que resultan repelentes, precisamente

en el mismo grado en que aceptan y anuncian la verdad? [...] Un misterio: si las buenas nuevas son ciertas, ¿por qué a nadie le agrada escucharlas?».



UNA GRAN SEPARACIÓN

En general, las iglesias [...] tenían en mi opinión la misma relación con Dios que los tableros de anuncios tenían con la Coca-Cola: promocionaban la fe sin saciarla.

JOHN UPDIKE, *A MONTH OF SUNDAYS* [UN MES DE DOMINGOS]

En mi condición de cristiano, siento una profunda preocupación por la forma en que representamos nuestra fe ante los demás. Hemos sido llamados a proclamar las buenas nuevas del perdón y la esperanza, sin embargo, me sigo tropezando con evidencias de que son muchas las personas que no escuchan nuestro mensaje como una buena noticia.

Decidí escribir este libro después de ver los resultados de las encuestas hechas por el grupo de George Barna.* Unas cuantas estadísticas reveladoras saltaron a mi vista. En 1996, el ochenta y cinco por ciento de los estadounidenses que no estaban comprometidos con ninguna iglesia aún tenían un concepto favorable del cristianismo. Trece años más tarde, en 2009, solo el dieciséis por ciento de los jóvenes «de afuera» mostraba una opinión favorable sobre el cristianismo, y únicamente el tres por ciento tenía una buena impresión sobre los evangélicos. Quise explorar las razones que habían causado un hundimiento tan drástico en un

* Las fuentes, entre ellas las citas bíblicas, aparecen al final del libro.

tiempo tan relativamente corto. ¿Por qué los cristianos suscitan sentimientos de hostilidad y qué podemos hacer en cuanto a esto, si es que podemos hacer algo?

Durante más de una década me he mantenido al tanto de la forma en que el mundo secular moderno ve a los cristianos por medio de un grupo de lectores al cual pertenezco. Entre estos lectores bien informados, los cuales han viajado por todo el mundo, se incluyen un abogado ambientalista, un filósofo que fue cesanteado de una universidad estatal por sus puntos de vista marxistas, un experto en desarrollo infantil, un investigador farmacéutico, un auditor estatal, un abogado especializado en bancarrotas, un bibliotecario y un neurólogo. Nuestras profesiones y nuestros trasfondos tan diversos favorecen unos animados intercambios de opiniones.

Después de hablar sobre una notable diversidad de ideas inspiradas por cualquier libro que hayamos acabado de leer, la conversación suele regresar de nuevo a la política, al parecer una especie de religión sustituta. Todos mis amigos del grupo de lectura, menos uno, se inclinan fuertemente hacia la izquierda política, y el único que no lo hace es un libertario que se opone a casi todo lo que sea gobierno. El grupo me considera como una fuente de información acerca de un universo paralelo que existe fuera de su órbita social. «Tú conoces a los evangélicos, ¿no es cierto?». Yo asiento con la cabeza. Entonces aparece una pregunta como esta: «¿Puedes explicarnos por qué se oponen tanto a los matrimonios de los homosexuales y las lesbianas?». Hago mi mejor esfuerzo para responderles, pero los argumentos que repito después de habérselos oído a los líderes evangélicos carecen de sentido para este grupo.

Después de la reelección de George W. Bush en el año 2004, el profesor marxista lanzó una diatriba contra los evangélicos de derecha. «Ellos están motivados por el odio. ¡Un puro odio!», me dijo. Le sugerí que el motivo podría ser otro, como el temor; el temor a que la sociedad siga unas tendencias que los conservadores

ven como una dirección perturbadora. «¡No, es el odio!», insistió, mientras alzaba la voz y el rostro se le ponía rojo, algo que no es característico en él.

Le pregunté: «¿Conoces personalmente a algunos evangélicos de derecha?».

«En realidad, no», admitió un poco avergonzado, aunque explicó que había conocido a muchos en su juventud. Como la mayoría de los que forman mi grupo de lectura, había crecido en la iglesia, en su caso, entre los adventistas del séptimo día.

Muchas conversaciones similares me han enseñado que la religión representa una inmensa amenaza para los que se ven a sí mismos como una minoría de agnósticos en una tierra de creyentes. Los que no son creyentes tienden a considerar a los evangélicos como una legión de policías de la moralidad, decidida a imponerles a los demás su concepto de lo que son las formas correctas de conducirse. Para ellos, los cristianos son enemigos del aborto, los homosexuales, las mujeres, tal vez incluso del sexo, y la mayoría de estas personas les enseña a sus hijos en la casa en lugar de enviarlos a las escuelas para evitar que se corrompan. Algunas veces los cristianos ayudan en los problemas sociales, digamos al repartirles sopa a los indigentes o darles refugio, pero en lo demás difieren poco de los fanáticos musulmanes que quieren imponer la ley sharia en sus sociedades.

Un grupo de investigación con base en Phoenix se sorprendió al descubrir el grado de los abusos cometidos contra los cristianos, un antagonismo que iba mucho más allá de una diferencia de opinión en ciertas cuestiones. Según el presidente de esta compañía, «los evangélicos eran llamados analfabetos, codiciosos, sicópatas, racistas, estúpidos, gente de mente estrecha, prejuiciados, idiotas, fanáticos, tarados, locos gritones, ilusos, simplones, arrogantes, imbéciles, crueles, bobalicones y estrafalarios, y esta es solo una parte de la lista [...] Algunas personas no tienen la menor idea

de lo que son los evangélicos en realidad, ni de lo que creen; solo saben que no los pueden soportar».

En los tiempos que corren, las buenas nuevas no parecen tan buenas, al menos para algunos.

FRAGANCIAS MEZCLADAS

Usando una inteligente metáfora, el apóstol Pablo habla sobre «el olor grato de Cristo», que puede tener un efecto muy diferente en dependencia del olfato de cada cual: «A éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida». Mis deberes como periodista me llevan a lugares en los cuales los cristianos despiden un perfumado aroma, y también a sitios donde ellos ofenden el olfato con su olor.

Estados Unidos está pasando por un marcado cambio en su actitud hacia la religión, y los cristianos nos enfrentamos aquí con nuevos desafíos. Cuando un bloguero llamado Marc Yoder escribió acerca de las «diez sorprendentes razones por las cuales nuestros muchachos se van de la iglesia», basándose en entrevistas hechas en Texas (un estado comparativamente religioso), su escrito se difundió como la pólvora. En lugar de leerlo un centenar de personas o un número semejante, su sitio web tuvo más de medio millón de visitantes. «No hay una manera fácil de decir esto», escribió Yoder empleando palabras que despertaban profundas emociones. «La iglesia evangélica de Estados Unidos ha perdido, está perdiendo, y es casi totalmente seguro que seguirá perdiendo a nuestros jóvenes».* Si no nos adaptamos, terminaremos hablando con nosotros mismos en unos números cada vez más reducidos.

¿Qué hay detrás de esta tendencia descendente? Daniel Hill, un amigo mío de Chicago que trabajó en el pasado como parte del

* Según las encuestas de Barna, el sesenta y uno por ciento de los jóvenes de hoy habían estado asistiendo a alguna iglesia durante su adolescencia, pero en la actualidad se hallan espiritualmente desconectados.

personal de Willow Creek Community Church, una de las iglesias más grandes de la nación, me hizo considerar algunos aspectos de esta situación. Daniel buscó un segundo trabajo como dependiente en una cafetería Starbucks local, donde ahora se da cuenta de que su formación pastoral comenzó en realidad. Uno de sus clientes, en el momento en que su conversación pasó al tema de la religión, le dijo: «Cuando los cristianos le hablan a alguien, actúan como si la persona fuera un robot. Tienen una agenda que promocionar, y si tú no estás de acuerdo con ellos, dejas de interesarles». Con frecuencia escuchaba expresiones que denotaban la actitud de que todo vale: «Personalmente, no sigo el cristianismo, pero considero que uno debe hacer todo aquello que lo haga feliz». Una persona le dijo: «Mira, todos sabemos que “Dios” está en alguna parte, pero nadie tiene derecho a decirle a otro el aspecto que tiene para él o ella. Todas las personas tienen la libertad de expresar lo que consideran acerca de “Dios” de la forma que quieran, pero deben guardar para sí mismas las opiniones que tengan».

Durante el tiempo que trabajó en la cafetería, Hill presenció dos maneras distintas de enfocar la fe. Los «pre cristianos» parecían abiertos y receptivos cuando se tocaba el tema de la religión. No sentían una verdadera hostilidad y se podían ver a sí mismos conectándose algún día con una iglesia. Con esta actitud contrastaba la de los «post cristianos», que albergaban sentimientos negativos. Algunos cargaban con los recuerdos de heridas del pasado: una división en su iglesia, un padre o una madre dominante, un director de jóvenes o un sacerdote culpables de abusos sexuales, un desagradable divorcio que la iglesia manejó con torpeza. Otros se habían limitado a absorber los estereotipos negativos de los medios de comunicación, que presentan a fundamentalistas rabiosos y televangelistas con tendencia a los escándalos.

Mientras escuchaba las historias de Daniel Hill, recordaba la analogía de C. S. Lewis sobre la comunicación de la fe en la Gran

Bretaña secular. Hay una diferencia entre cortejar a una divorciada y a una mujer virgen, le dijo Lewis a un amigo en una carta. La divorciada no se va a creer con facilidad las cosas dulces que le diga su pretendiente, porque ya las ha escuchado todas antes y siente una desconfianza básica con respecto al romance. En Estados Unidos de los tiempos modernos, Hill calcula que alrededor de las tres cuartas partes de los jóvenes «de afuera» califican como postcristianos, divorciados de la fe.

Por supuesto, no todos pueden encerrarse dentro de esa categoría precisa, pero a mí me pareció útil el punto de vista de Daniel Hill. Comencé a pensar detenidamente en mis propios contactos con las personas que no se hallan comprometidas con la fe. Puesto que he vivido en Chicago, la ciudad donde vive Hill, tengo que aceptar que estoy de acuerdo con su evaluación de los jóvenes que viven en las ciudades. En nuestro condominio de seis unidades ninguna otra persona asistía a una iglesia, y la mayoría miraba con desconfianza a los cristianos. Entre mis amigos del grupo de lectores de Colorado hay algunos que también se podrían clasificar dentro de esta categoría de postcristianos.

En cambio, existen grandes zonas del sur y el medio oeste de Estados Unidos que permanecen asequibles a la fe y calificarían como «precristianas». Yo crecí en el sur, influenciado por la religión, y las veces que lo he vuelto a visitar siempre me quedo sorprendido ante lo diferentes que son las actitudes hacia la religión en esas regiones. El Cinturón de la Biblia acepta ampliamente los planteamientos del evangelio. Hay un Dios (¿acaso nuestras monedas no afirman: «En Dios confiamos»?), hemos pecado (la música country explica de manera muy específica los escabrosos detalles) y Jesús nos proporciona una forma de recibir el perdón de esos pecados (aún se pueden ver las frases «Arrepiéntete» o «Jesús salva» en algunos graneros y carteles sureños). Aprieta el botón de la radio del auto que va buscando las estaciones mientras viajas por el sur

y tendrás una buena oportunidad de escuchar el testimonio de alguien que relata lo descarriada que estaba su vida, transformada ahora por una experiencia de conversión en la cual nació de nuevo.

También en mis viajes a otros lugares —como África, América Latina y partes de Asia— veo que sigue siendo atrayente el mensaje cristiano básico. Los habitantes de esos países asocian a los cristianos con los misioneros que llegaron hasta ellos como pastores, maestros, médicos y enfermeras, expertos agrícolas y trabajadores de asistencia. El evangelio responde las preguntas sobre el sentido de nuestra existencia, presenta la promesa de otra vida y les proporciona una comunidad de apoyo a los necesitados. Aún hay muchos en el mundo a los que el evangelio les sigue resonando como una buena noticia, un encanto divino destinado a quebrantar el tenebroso maleficio que ensombrece gran parte de nuestra vida sobre esta tierra.

Cuando regreso de esos viajes, me estremece ver que los habitantes de mi propia nación hablen de los cristianos de una manera tan siniestra. Los postcristianos escuchan la misma música, pero como si la hubieran distorsionado unos altavoces en mal estado. Los evangelistas que hablan del pecado son considerados personas regañonas que tienen la intención de intimidar: *¿Qué les da el derecho a juzgar mi conducta, sobre todo cuando hay tantos de ellos cuya vida es un verdadero desastre?* Las doctrinas sobre la Trinidad, la expiación, el pecado original y el infierno les parecen desconcertantes, incluso incomprensibles, y de todas formas, ¿quién puede reclamar legítimamente que tiene la verdad?

Los que viven en países prósperos, dedicados a disfrutar de esta vida terrenal, le prestan poca atención a la idea de una vida después de la muerte. Y hay toda una cadena de nuevos ateos que censuran todo lo que sea religión como una mala noticia, una fuente primaria de fanatismo y guerra —hubo uno de ellos que

dijo acerca de las atrocidades del 11 de septiembre que eran «una iniciativa basada en la fe»— y anhelan que llegue el día en que la raza humana finalmente supere su necesidad de religión.

En Europa, que fue la sede de la fe cristiana durante la mayor parte de su historia, muchos ni siquiera piensan en ella. Apenas la tercera parte de los encuestados franceses y británicos creen incluso que Dios exista. Estando de visita en Francia le hablé a un obrero de Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo que había evangelizado en la Florida antes de mudarse a Europa. Armado de una tablilla sujetapapeles, se les acercaba a personas desconocidas y les preguntaba: «Si usted muriera y Dios le preguntara por qué hay que permitir que entre al cielo, ¿qué le respondería?». Ese método produjo resultados de todo tipo en la Florida, pero en Francia se encontraba con unas miradas tan perdidas como si les hubiera estado hablando en el idioma urdu de Pakistán. Ahora la pregunta que hace primero es: «¿Cree usted en Dios?», y la típica respuesta francesa es algo como esto: «¡Qué pregunta tan fascinante! Déjeme pensar. En realidad, nunca antes se me había ocurrido».

Cuando viajo de una nación a otra, me siento trasladado continuamente entre sociedades postcristianas y precristianas. La división cultural se manifiesta claramente en Estados Unidos, donde los cristianos siguen siendo una fuerza social que es necesario tener en cuenta. Algunos cristianos reaccionan ante esa división juzgando duramente a las personas con las que no están de acuerdo. Esta es una de las principales razones por las cuales los evangélicos tienen una reputación desagradable. Me lleno de vergüenza cuando oigo esas palabras, y mi reacción es mantenerme mayormente callado acerca de mi fe. Ninguno de los dos métodos resulta saludable.

Jesús les concedió a sus seguidores el inmenso privilegio de dispensarle la gracia de Dios a un mundo sediento. Como uno de los que han podido beber profundamente de esa gracia, se la quiero

ofrecer a un mundo que va a la deriva. ¿Cómo le podemos comunicar esa noticia realmente buena a una cultura que huye de ella?

EL DESPERDICIO DE LAS BUENAS NUEVAS

Los cuáqueros tienen este dicho: «Un enemigo es alguien cuya historia no hemos escuchado». Para comunicarme con los postcristianos, primero tengo que escuchar sus historias a fin de encontrar indicios sobre la forma en que ven al mundo y a la gente como yo. Esas conversaciones son las que me llevaron a idear el título de este libro. Aunque la gracia de Dios sigue siendo tan maravillosa como siempre, en mi dividido país parece estar desvaneciéndose.

Les he preguntado tanto a extraños como a conocidos: «¿Por qué los cristianos suscitan unos sentimientos tan negativos?». Algunos sacan a relucir atrocidades del pasado, como la extendida creencia de que la iglesia ejecutó a entre ocho y nueve millones de brujas, cifra que los historiadores serios creen exagerada en un noventa y nueve por ciento. He escuchado quejas acerca de unas escuelas protestantes o católicas muy estrictas, y relatos sobre clérigos intolerantes. ¿Acaso a John Lennon no lo echaron de la iglesia durante su niñez por reírse en un momento inoportuno? Otros repiten historias parecidas a la de Steve Jobs, que se marchó de la iglesia cuando el pastor no supo responder a sus preguntas acerca de Dios y los niños que se mueren de hambre en el África. La comediante Cathy Ladman expresa una idea muy común: «Todas las religiones son lo mismo: la religión es básicamente la culpa con días de fiesta distintos».

Los vecinos que en el pasado recibían de buen grado la presencia de las iglesias ahora presentan litigios legales contra ellas, no solo por cuestiones de tránsito y estacionamiento, sino porque afirman: «¡No queremos una iglesia en nuestra comunidad!». La animosidad se hace pública cuando una figura prominente del

deporte habla con libertad acerca de su fe. Hace algunos años, el mariscal de campo Tim Tebow y el alero de la NBA Jeremy Lin atrajeron los elogios de los cristianos que valoraban su impecable estilo de vida y el hecho de que estuvieran dispuestos a hablar de su fe. Al mismo tiempo, los comentaristas deportivos de la radio, los sitios web y blogs, así como los comediantes de media noche, se burlaban despiadadamente de ambos.

Para nuestra vergüenza, la iglesia o grupos de creyentes en uno u otro lugar pueden dar buenas razones para la existencia de esta aversión. Mientras me tomaba un descanso en medio de la redacción de este capítulo, sintonicé la CNN y observé allí un reportaje sobre un pastor de Carolina del Norte que proponía que confinemos a «todos los afeminados y las lesbianas» dentro de un inmenso cercado, tal vez de ciento sesenta kilómetros a la redonda, y les lancemos la comida desde el aire. Al final, terminarán extinguiéndose, alardeaba, puesto que no se reproducen. Esa misma semana, una congregación de Indiana aplaudió frenéticamente a un niño de siete años que cantó su composición: «Los homos no van al cielo». Y después del tiroteo en la escuela primaria de Sandy Hook, en Connecticut, un prominente vocero evangélico culpó de esto a los homosexuales, los iPods, la evolución y las leyes de la Corte Suprema en contra de la oración en las escuelas.

Hace poco recibí una carta de una amiga agnóstica que estaba furiosa por la conducta de los cristianos en el funeral de su madre. Ella me describía «el proselitismo a fin de sembrar el terror para que se acercaran a Jesús» realizado por un pastor de la «megaiglesia Grace (¡vaya ironía!) Community Algo». Después añadía: «La única razón que me impidió salir huyendo por encima de las bancas fue el respeto por la fe evangélica de mi madre». Varios de los que asistieron al funeral llegaron a decirle: «Si una sola persona aceptó a Cristo durante el culto, entonces la muerte de tu madre valió la pena».

La película *¡Salvados!*, presentada en el año 2004, nos permite captar la forma en que la cultura en general piensa acerca de los cristianos. Dirigida por Brian Dannelly, quien siendo niño se las arregló para que lo expulsaran de una escuela primaria católica y una escuela secundaria bautista, esta película es la combinación de una sátira mordaz y una comedia exagerada. Cierta melindrosa creyente llamada Hilary Faye dirige un coro, las Joyas Cristianas, el cual secuestra a los que considera con posibilidades de conversión y los trata de exorcizar para expulsar de ellos los demonios. La única estudiante judía de la escuela, una joven rebelde, finge que habla en lenguas y se rasga la blusa durante un culto en la capilla. Los padres de un adolescente homosexual lo envían a un centro cristiano de rehabilitación que tiene el poco acertado nombre de Mercy House [Casa de la misericordia] para un programa de tratamiento que dura todo un año. Mientras tanto, María, quien lo sedujo en un intento por curarlo de la homosexualidad, descubre que está encinta. Durante el desarrollo de la trama se presenta a todos los cristianos como unos hipócritas, con Hilary Faye en el primer lugar de la lista, inmediatamente antes de su pastor, que es experto en aventuras amorosas.

En la escena final, el homosexual se escapa de Mercy House y se reúne con otros en el cuarto del hospital de Mary después que ella da a luz. Hasta los hipócritas amigos de criticar se comienzan a ablandar. El mensaje es claro. ¿Por qué no podemos aceptar las diferencias mutuas en lo que respecta a creencias, moralidad, preferencias sexuales y todo lo demás? ¿Por qué no podemos llevarnos bien los unos con los otros?

Hoy en día, el principio de la tolerancia domina por encima de todos los demás, y cualquier religión que reclame para sí la verdad es tenida por sospechosa. Combina esto con la reputación de los cristianos como personas acostumbradas a juzgar la conducta de los demás, y no es de extrañar que la hostilidad vaya en

LA DESAPARICIÓN DE LA GRACIA

aumento. Un crítico hacía notar: «La mayor parte de las personas con las que me encuentro da por sentado que la palabra “cristiano” define a alguien muy conservador, atrincherado en su manera de pensar, enemigo de los homosexuales, opuesto al aborto, furioso, violento, ilógico, constructor de imperios; los cristianos quieren convertir a todo el mundo, y por lo general no pueden convivir pacíficamente con nadie que no crea lo que ellos creen».

Jesús nunca nos ordenó obtener buenos resultados en las encuestas de opiniones, pero mientras reflexiono sobre la lista de palabras que utiliza la gente para describir a los cristianos, me pregunto cómo podremos actuar como sal y levadura dentro de una sociedad que tiene un concepto tan negativo de nosotros.

LA SAMARIA MODERNA

¿Estoy reaccionando de manera excesiva? Me preguntaba si esos sentimientos negativos contra la religión eran un fenómeno local hasta que acerté a encontrar una encuesta realizada a dieciocho mil personas de veintitrés países distintos. En preparación para un debate del año 2010 entre Tony Blair, el primer ministro británico, y el ateo Christopher Hitchens, los patrocinadores de Toronto mandaron a realizar una sencilla encuesta. He aquí los resultados que arrojó ante la pregunta: «¿Es la religión una fuerza para el bien?».

País	Porcentaje de los que respondieron que sí
Arabia Saudita	92
Indonesia	91
India	69
Estados Unidos	65
Rusia	59

UNA GRAN SEPARACIÓN

Italia	50
Turquía	43
Canadá	36
Australia	32
Gran Bretaña	29
Japón	29
Francia	24
Bélgica	21
Suecia	19

En total, el cincuenta y dos por ciento de los que respondieron a la encuesta opinó que la religión hace más mal que bien. Aunque la encuesta no indagó cuáles podrían ser las razones de esas respuestas, no pude menos que notar que con pocas excepciones los países que tenían una mayor historia dentro del cristianismo, sobre todo en Europa, eran los que sentían menos respeto por la religión como una fuerza para el bien. En cambio, Rusia tuvo una puntuación mucho más elevada, a pesar de los intentos de sus líderes ateos por acabar con la religión en el siglo pasado. También noté que en la encuesta no se incluyó a los países de África ni América del Sur, los cuales están experimentando un resurgimiento de la fe religiosa.

Estados Unidos conserva un respeto básico por la religión, aunque es posible que esté siguiendo las tendencias europeas: las encuestas manifiestan un aumento continuo de los «no religiosos» (actualmente, la tercera parte de los que tienen menos de treinta años); es decir, de los que afirman no tener religión alguna, una categoría que ya es más grande que la de todos los episcopales, presbiterianos, metodistas y luteranos combinados.

Mientras reflexionaba sobre los resultados de las encuestas, recordé un artículo que escribió Tim Stafford para *Christianity*

Today hace algunos años. Usando paralelos con los tiempos bíblicos, él afirmaba que los cristianos de Estados Unidos pensamos a veces que vivimos en Babilonia, como refugiados atrapados en una cultura que proclama a toda voz unos valores que son hostiles a nuestra fe (considérense las películas de Hollywood). En realidad, vivimos en un lugar que se parece más a Samaria. En los tiempos de Jesús, los samaritanos vivían muy cerca de sus primos judíos, y a pesar de tener muchas similitudes los dos grupos no se llevaban bien. Como miembros apartados de la familia, se sentían resentidos. Simple y llanamente, para los judíos, los samaritanos eran herejes. El Evangelio de Juan nos explica: «Los judíos no usan nada en común con los samaritanos».

Por sorprendente que parezca, los grupos más cercanos entre sí suelen fomentar las enemistades más fuertes. Al mundo ajeno a Ruanda y Yugoslavia le costaba trabajo tener claras las diferencias entre los hutus y los tutsis, o entre los bosnios, los serbios y los croatas, mientras que esos mismos grupos se estaban asesinando mutuamente a causa de esas diferencias. Y ahora vemos la violencia en el Medio Oriente y nos cuesta trabajo comprender el rencor existente entre los musulmanes shiíes y los suníes. De alguna manera, las personas que son iguales, aunque no idénticas, pueden generar más odio que dos grupos que son obviamente distintos. Eso era cierto también en los tiempos de Jesús. Los fariseos usaban la palabra ofensiva que comenzaba con «s» cuando insultaban a Jesús, acusándolo con frases como esta: «¿No tenemos razón al decir que eres un samaritano, y que estás endemoniado?». Y cuando los aldeanos de Samaria no recibieron bien a Jesús, sus discípulos le sugirieron que hiciera descender fuego del cielo para destruirlos.

«El problema no está en que mi religión sea extraña», dice Stafford. «El problema radica en que mi religión es familiar. Como los samaritanos y los judíos, los cristianos y los no cristianos tie-

nen una cosmovisión parcialmente compartida (nuestras tradiciones occidentales, entre las cuales se incluye la Biblia), un mismo punto de origen (la cristiandad) y unos puntos de contienda bien definidos (la exclusividad de Cristo). Nos es familiar lo que cada una de las partes cree. Sospechamos los unos de los otros. Así que partimos de un resentimiento».

Pienso en mis amigos del club de lectura, que apoyan causas como la de los derechos humanos, la educación, la democracia y la compasión por los débiles, la mayoría de las cuales han surgido de las raíces cristianas. Sin embargo, ahora consideran a los cristianos como una poderosa amenaza para esas causas. Mientras tanto, los cristianos conservadores observan a estas personas secularizadas y también perciben en ellas una poderosa amenaza. *Ellos son los que sacaron la oración de las escuelas y denuncian las exhibiciones religiosas en las Navidades. Aun más, traicionaron nuestra herencia cristiana al redefinir el matrimonio y legalizar el aborto, y ahora están tratando de conseguir que se apruebe el suicidio asistido.* Ambos grupos, el secular y el cristiano, tienden a aislarse y juzgar cada uno al otro, sin que haya mucho diálogo o interacción.

Pude tener una prueba de esos apasionados sentimientos que yacen tras las guerras de las culturas cuando publiqué una cita del ya fallecido Andy Rooney en mi sitio de Facebook. «He decidido que estoy en contra del aborto», decía Rooney. «Lo considero un asesinato. Sin embargo, tengo un dilema en el sentido de que prefiero mucho a la gente que está a favor de él que a los que están en su contra. Me agradecería mucho más cenar con un grupo de los que están a su favor». Una leve tormenta de fuego hizo erupción cuando me respondieron con sus comentarios. Unos acribillaban a Rooney por no ser más que una celebridad de la televisión, sin ninguna credibilidad real. Otros defendieron a los voluntarios que trabajaban en contra del aborto, presentando un contraste entre ellos y el repulsivo bando opuesto. Una mujer escribió: «¿Qué está

tratando de decir con eso? ¿Que usted, como Rooney, encuentra la compañía de los que apoyan el asesinato de seres inocentes más superficialmente agradable que la de aquellos que creen en proteger a esos bebés? ¡Qué carnal de su parte! [...] Lo que escribió me causa repugnancia».

En conclusión, sus reacciones sirvieron para subrayar lo que quería decir Andy Rooney. ¿Acaso querría yo cenar con aquellos lanzallamas que escribieron sus comentarios en mi sitio web? Les contesté —y esto constituye un tema que se repite una y otra vez en este libro— que el problema no tiene que ver con que esté de acuerdo con alguien, sino con la forma en que trato a una persona con la que estoy en profundo desacuerdo. Los cristianos hemos sido llamados a usar las «armas de la gracia», lo cual significa tratar con amor y respeto incluso a los que se nos oponen.

Como siempre, Jesús es el que nos muestra el camino. Cuando los fariseos se burlaban de él, llamándolo «samaritano» y «endemoniado», Jesús rechazó la acusación de que estuviera poseído, pero no protestó ante el insulto racial. En otra ocasión, reprendió a los discípulos por pedirle que actuara con violencia contra los samaritanos. Con toda intención, hizo de un samaritano el héroe de una de sus más excelentes parábolas. Se apartó de su camino para visitar una aldea samaritana y les ordenó a sus discípulos judíos que llevaran el evangelio a otras aldeas samaritanas también. Al final, los discípulos lo entendieron: cuando los samaritanos se convirtieron en seguidores de Cristo con «gran gozo» después de la ascensión de Jesús, recibieron el Espíritu Santo por medio del ministerio de Pedro y Juan, el mismo Juan que una vez había pedido que descendiera fuego del cielo y los destruyera.

SEÑALES DE SED

Entre los que rechazan la fe hay quienes dan muestras de su ateísmo con orgullo, como una señal de desafío. (El escritor alemán Hein-

rich Böll comentaba: «No me agradan estos ateos; siempre están hablando de Dios».) Otros desecharon la fe con mayor tristeza, o buscan alternativas en la Nueva Era u otras religiones. También hay algunos que rechazan a la iglesia, pero no a Jesús. Todos ellos están reaccionando contra una fe que ha dejado de sonar como una buena noticia.

Las mismas encuestas que rastrean el surgimiento de los «no religiosos», los que no tienen afiliación como creyentes, señalan que entre ellos solo una pequeña minoría afirma ser atea. Muchos se siguen considerando religiosos, aunque no hayan hallado un hogar espiritual. He tratado de escuchar a esos que no se han comprometido con ninguna religión, no como enemigos, sino como buscadores que aún siguen indagando. ¿Por qué dejaron la iglesia y tal vez la fe? ¿Qué podemos aprender de ellos y cómo los podemos invitar para que regresen? Esas buenas nuevas, aunque las hayamos echado a perder, ¿podrán volver a sonar como buenas una vez más?

Jesús vino «del Padre, lleno de gracia y de verdad», escribió Juan en el prefacio a su Evangelio. La iglesia ha trabajado incansablemente en la parte de esa fórmula que se refiere a la verdad: testigos de esto son los concilios, los credos, los volúmenes de teología y las divisiones en las denominaciones causadas por puntos secundarios de la doctrina. Anhele que la iglesia compita con igual fuerza por transmitir lo que Pablo llama la «incomparable riqueza» de la gracia de Dios. Muchas veces da la impresión de que nos entienden más como dispensadores de la culpa que de la gracia.

Juan recoge un encuentro personal entre Jesús y una mujer samaritana. Ella, que conocía muy bien la antipatía que existía entre ambos grupos, se maravilló de que un rabino judío se dignara a dirigirle la palabra. Hubo un momento en el que sacó a relucir uno de los puntos doctrinales en disputa: ¿quiénes tenían el lugar de adoración correcto, los judíos o los samaritanos? Jesús hizo a un lado hábilmente la pregunta y sacó a colación un asunto

más importante: la sed sin saciar que esta mujer tenía. No la juzgó, sino le ofreció una solución duradera a su sentido de culpabilidad debido a una vida desordenada. Ante ella, y solo ella, se identificó francamente como el Mesías, y la escogió para ser dispensadora de la gracia. Su transformación captó la atención de todo el poblado, y Jesús permaneció durante dos días entre aquellos «herejes», convirtiéndose a muchos de ellos.

Esa escena de Jesús y la mujer samaritana salió a relucir durante un día que pasé con el autor Henri Nouwen en su hogar de Toronto. Él acababa de regresar de San Francisco, donde había estado una semana en una clínica para enfermos de SIDA visitando a aquellos pacientes, los cuales en tiempos anteriores a las drogas antirretrovirales se enfrentaban a una muerte segura y atroz. «Soy sacerdote, y parte de mi labor consiste en escuchar las historias que me cuentan las personas», me dijo. «Así que recorrí toda la sala del hospital preguntándoles a los pacientes, la mayoría de ellos hombres jóvenes, si querían hablar».

Nouwen me contó después que a partir de aquella semana sus oraciones habían cambiado. Mientras escuchaba relatos sobre promiscuidad, adicción y formas de conducta autodestructivas, descubría indicios de una sed de amor que nunca había sido saciada. A partir de entonces, oraba diciendo: «Dios mío, ayúdame a ver a los demás no como mis enemigos ni como impíos, sino más bien como seres humanos *sedientos*. Y dame el valor y la compasión que necesito para ofrecerles tu Agua Viva, que es la única que sacia esa profunda sed».

La impresión del día pasado con aquel amable sacerdote nunca se ha borrado de mi mente. Ahora, cada vez que me tropiezo con escépticos estridentes que se burlan de mis creencias, o con personas cuya conducta encuentro ofensiva, me recuerdo a mí mismo la oración de Henri Nouwen. Le pido a Dios que no permita que me apresure a juzgar o a erigirme en defensa propia. Oro diciendo:

Permíteme verlos como seres humanos sedientos y enséñame cuál es la mejor manera de presentarles el Agua Viva.

Graham Greene escribió una novela llamada *Un caso acabado*, con alusiones autobiográficas acerca de un renombrado arquitecto de iglesias que llega a la conclusión de que sus obras han sido profanadas por los adoradores que las usan. Al no encontrarle ya sentido al arte o el placer, y desconsolado por el suicidio de su amante, el arquitecto viaja hasta un leproso en el Congo que dirigen unos misioneros católicos y adquiere nuevas energías mientras supervisa la construcción de un hospital para los pacientes de lepra.

Mientras tanto, el criado del arquitecto, que se llamaba Deogracias, desaparece en la selva. En una conmovedora escena, el arquitecto camina errante en medio de la oscuridad y la vegetación, mientras llama a su criado leproso y mutilado: «¡Deogracias, Deogracias!».

Él estaba clamando literalmente por la gracia de Dios. En diferentes maneras, todos hacemos esto de alguna forma, tanto nosotros los cristianos como los precristianos y los postcristianos. Estamos sedientos.